

Rosa Virginia

Postulante del Sagrado Corazón de Jesús!

20 de octubre de 1814



Resistiendo las tempestades, la orden de Nuestra Señora de Caridad, en la hora señalada por Dios, reconocerá un nuevo vigor y un desarrollo inesperado; sus verdes ramas se extenderán por el mundo entero.

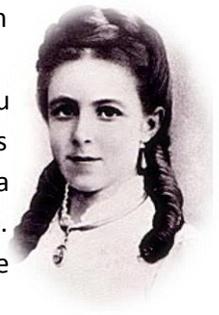
Esta será la obra de la joven postulante que el 20 de octubre de 1814 franqueaba con alegre entusiasmo el dintel del Refugio de Tours, donde enseguida fue admitida en la ESCUELA DE SAN JUAN EUDES; por lo cual fue considerada como la *postulante del Sagrado Corazón de Jesús*. Rosa Virginia fue la décima postulante, desde la restauración del Refugio.

El recibimiento que le brindó la comunidad le hizo olvidar muy pronto la penosa condición impuesta por su tutor, de una larga espera de meses antes de revestir las blancas de Nuestra Señora de Caridad, Que tanto atractivo tenían para ella. Desde el primer momento se sintió en su casa

Todo le hablaba al alma en ese monasterio, hacia el cual le impulsaban desde hacía tanto tiempo sus más ardientes votos. Muy pronto se familiarizó con su historia; ocho días después de su llegada, permitió la providencia que se celebrara el centenario de su fundación

Las fiestas a que este acontecimiento dio lugar, dejaron en nuestra postulante una impresión tan profunda, que todavía habló de ellas con emoción a sus Hijas, el 19 de septiembre de 1862.

Nuestra fervorosa postulante tomó amplia participación en la alegría general. Una vez más su corazón vibraba al unísono con su comunidad, sintiéndose en perfecta comunión de apostólicas aspiraciones. Esos cien años de apostolado misericordioso, que así le fue dado revivir con su nueva familia espiritual le hicieron estimar aún más la vocación escogida que había hecho suya. Comprendió en todo su esplendor "LA HUMILDE GLORIA" de las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad.



Y tanto más, cuanto que sin remontarse si quisiera a ese pasado al que acababa de dar una mirada de agradecida admiración, le bastaba ver en la obra a las venerables religiosas, cuya vida iba a compartir. Ellas también, esas buenas madres, "envejecidas más por la desgracia que por la edad", tenían a sus ojos el mérito insigne de haber sido testigos fieles de Jesucristo durante los días sombríos de la revolución; eran también testigos de un pasado que trataban de resucitar y de una tradición, que de una manera ininterrumpida, remontaba hasta el santo fundador; de una doctrina espiritual ya experimentada y de un apostolado que las desgracias de la época hacían todavía más apremiante. El grupo que entonces formaban no era numeroso, pero era de calidad.



Fue en ese ambiente, del cual lo poco que hemos dicho permite entrever la riqueza espiritual, donde Rosa Virginia Pelletier pasó once meses de postulantedo. Los empleó en familiarizarse con las reglas, Usos y Observancias de la comunidad, y en desarrollar en su espíritu el conocimiento y amor de su vocación.

"En aquel monasterio centenario que penosamente se iba volviendo a levantar, aquella vocación era un don del cielo. Su maestra de novicias notaba en ella "un yo no sé qué de extraordinario". Las hermanas de edad, cuya santidad admiraba a la joven religiosa, gustaban de oírla...